



# La Lectura Popular

AÑO XIV

Orihuela 1.º de Marzo de 1896.

Núm. 301

## LA LLAVE DEL CIELO

(CUENTO INVEROSIMIL)



—PUES, señor (y va de cuento,) ¿qué dirán ustedes que pasó en el cielo hace algunos años?

Cosa corta; que se perdió la llave.

Fué un caso raro que hizo mucho ruido en el Universo, y que por lo grave, estuvo á punto de producir un conflicto.

Verán ustedes lo que pasó.

Sabido es que San Pedro es el encargado de custodiar la puerta del Paraíso, y, como es consiguiente, de guardar en su poder las dos grandes llaves que le abren y le cierran. Una de ellas es la de la puerta principal, la otra es la del postigo; y ambas se han usado siempre indistintamente según la necesidad, si bien de algún tiempo á esta parte la entrada ha sido tan escasa, que apenas si en los días de jubileo se ha tenido que abrir la gatera.

Víspera era de uno de ellos, cuando sucedió que hallándose San Pedro paseando por fuera del portal con los preciosos instrumentos á la espalda, vió venir cuesta arriba á un caballero que parecía muy decente. Ya iba el buen santo á compadecerse de él, y aun á yudarle á subir, cuando le dió en la nariz tan fuerte olor á azufre, que en poco cae de espaldas. El tal caballero, con levita y todo, no era sinó el diablo en persona; lo cual no es estraño, si se tiene en cuenta que bajo de una buena levita suele albergarse á veces un solemnísimo pillo.

—Servidor de usted,—dijo á San Pedro así que llegó.

—Dios me guarde de usted,—le contestó el Apostol sabiendo con quien trataba.—¿Qué se ofrece?—y diciendo esto, alargó

con disimulo la mano izquierda, y cerró de golpe el postigo del Paraíso, que se hallaba entornado.

El diablo, que desde su llegada había clavado sus ojos de perdiz en la rendijilla como los clava el sediento en el arroyo, comprendió la indirecta, y se mordió los labios. Un relámpago de ira brilló en su mirada, y ya parecía ir á estallar, cuando cambiando el rostro, dibujó en él una sonrisa artificial y burlona, de esas capaces de quemar á un santo.



Al entrar en prensa el presente número, no ha llegado á nuestro poder el grabado que debía ocupar este hueco.

—Parece que hay poco que hacer,—dijo al discípulo de Cristo queriendo con la pulla vengarse del portazo.—¿No es hoy—añadió—primer viernes de mes? Pues para ser día tan señalado, veo que en la portería se trabaja poco.

—Mira, véte,—saltó San Pedro, que según dicen tiene el genio muy volado.—Estás aquí de más, y el que está demás estorba.

—Allá voy, señor,—contestó el diablo en tono irónico,—allá voy, pero no tenga usted tanta prisa; permítame usted antes que le diga á lo que vengo: vengo á pedirle un favor.

Al oír favor, el santo viejo, que siempre había profesado el principio de *haz bien y no sepas á quién*, se calmó algo, y tuvo paciencia. Pobre diablo,—dijo para sí,—

¿qué querrá este infeliz? al fin es un desgraciado.

—Habla pronto, continuó en voz alta,—y dí lo que quieres.

—Pues venía—dijo el tahir con el mayor descaro—venía... vamos... á que... ya que está usted tan desocupado aquí arriba me ayudase usted en la portería de allá abajo, donde no tenemos hartas manos para abrir la puerta.

San Pedro se puso colorado hasta la calva.

—No hay que incomodarse, señor mío,—prosiguió el diablo al ver el efecto;—la cosa no tiene nada de particular; el mundo ha cambiado mucho; las ciencias y las artes no han progresado en vano, y la vida moderna tiene ya otras exigencias. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que ustedes no se hagan cargo de esas cosas? ¿Por qué no transigen ustedes con ellas dejando á un lado antiguas preocupaciones? Verían ustedes qué pronto se les llenaba la casa... Por supuesto, no es que nosotros dejemos de tener nuestra religion, nuestro culto, nuestra moral, nuestras reglas; no faltaba más! nada de eso; al contrario, haí tiene usted la religion del porvenir del conde de Solanot, gran espiritista; pues esa es muy buena y la aceptamos nosotros; haí tiene usted la religion de la libre naturaleza, que tanto satisface al mundo masónico; pues nosotros también nos contentamos con ella; ahí tiene usted el culto libre, conforme, la moral independiente, conforme; es más, hasta el Verbo hasta la Trinidad aceptamos en cierto modo. ¿No ha oído usted hablar á Castelar del Verbo alejandrino y de la Trinidad alejandrina? Pues todas esas cosas alejandrinas las admitimos nosotros sin ninguna especie de dificultad. En una palabra, que somos tolerantes, y por lo mismo obtenemos éxito. Si ustedes consintiesen en prescindir ya ciertas antiguallas, lo obtendrían también. Con que ustedes consintiesen, por ejemplo, en suprimir todo eso de confesiones, penitencias, cruces, mortificaciones, sacrificios, etc., etc., cosas todas molestas, y que

disuenan ya en los oídos de las personas *ilustradas*, habrían ustedes adelantado mucho camino. Además, ¿qué necesidad tenían ustedes de ser tan exigentes en materia de *piEDAD*? ¿A qué tanto rosario? (Aquí el diablo empezó á entusiasmarse.) ¿A qué tantas oraciones pesadas y fastidiosas? ¿A qué viene, por ejemplo, ese culto á una mujer, que, por más que sea muy poético, tiene mucho de humillante? Me refiero á...

—No nombres á la Virgen,—saltó San Pedro sin poder ya contenerse al ver la malicia;—no pronuncies su nombre, que lo manchas, ¡gran malvado! Tú quisieras que el mundo dejase enfriar su corazón, porque sabes que así lo harías tuyo; por eso aborreces tanto la *piEDAD*, que es el fuego que lo calienta. Tú quisieras que hasta desapareciera la palabra *penitencia*, porque sabes que la penitencia es la clave de la redención. Te entiendo, miserable, y ojalá te entendieran como yo muchos infelices que se dejan llevar de tus *ilustradas* mentiras, sin comprender que con la capa de nueva filosofía, religión nueva, ciencia nueva y de otras mil cosas nuevas, tratas sólo de introducir también como nuevo tu espíritu viejo de serpiente hipócrita, que nada rechaza á no ser una cosa sola, la *caridad*, esto es, el verdadero amor de Dios, con la penitencia que es su fruto, y la *piEDAD*, que es su expresión. Todos tus esfuerzos se dirigen, en resumen, á separar al mundo de la Cruz que ha de salvarle, del Cristo que ha de redimirle; pero te equivocas, porque entre el mundo y la Cruz, entre la humanidad y Cristo, hay una cadena que tus dientes de monstruo no romperán jamás.

—¿Cuál?

—El Corazón de una Madre; el de María Santísima, que es Madre de Dios y de los hombres.

Al oír el nombre de la Virgen el diablo se puso verde, se irguió como una sierpe, y, chispeando soberbia por los ojos, hizo tal mueca de burla y de desprecio, que San Pedro no pudo aguantar más.

—¿Te burlas de mi Madre, gran canalla?—dijo el viejo pescador sintiendo bullirle en el cuerpo su sangre de grumete;—pues ¡toma! para que te acuerdes.

Y alzando la mano, le arrojó las llaves con tal fuerza, que diablo y llaves cayeron dando vueltas con vertiginosa rapidez.

Para comprender cómo sería el trastazo, baste decir que San José, que se hallaba en su gabinete particular pulimentando no sé qué chuchería, creyó que se batían las ventanas por falta de algún pestillo, y tomó las herramientas para componerlas.

Entre tanto Lucifer y las llaves, que del

impulso habían salido echando chispas fuera de la esfera de atracción de los cielos, empezaron á describir en el espacio una elipse tan perfecta, que los astrónomos del observatorio X, anotaron inmediatamente la aparición de un nuevo cometa, al que (según los cálculos logarítmicos más exactos) midieron de cola unos setecientos millones de leguas.

Sabios existen hoy que la tienen más larga.

Pero dejemos al cometa tenderla por esos mundos de Dios, y volvamos á San Pedro.

Repuesto del disgusto, trató, como es natural, de meterse en casa, es decir de meterse en el cielo; pero... ¿qué se había de meter, si había cerrado la puerta, y tirado la llave? Calcúlese el disgusto que le entraría otra vez al pobre viejo. ¿Qué hago yo ahora, Dios mío?—se decía para sí;—¿qué hago yo ahora? Si estuviese dentro, del mal el menos; gente tengo capaz de abrirme la puerta. Acudiría á la Señora, y, aunque me regañase mi arrebatado, Ella arreglaría el negocio, pues al fin todo ha sido por defenderla á Ella; pero si estoy á la parte de afuera ¿qué voy á hacer? No hay remedio, tengo que bajar á la tierra á buscar un cerrajero; y ¡digo que ahora no están caros los cerrajeros! Nada, nada, hay que decidirse. Buscaré á uno que me reza mucho, y de quien no hago caso por lo que miente á los parroquianos.

Y, en efecto, un momento después, el gran Apóstol descendía a nuestro valle de lágrimas, y se presentaba en el taller del maestro Paquillo.

El maestro Paquillo era el artesano más curro de todos los de su oficio. La gente decía que tenía muy buenas manos, y era verdad; pero él había creído que las tenía mejores, y esto era mentira. La vanidad todo lo pierde.

—Dios guarde á usted, maestro,—dijo el Santo.

—Y á usted también, amigo,—contestó el maestro.

—Venía á ver si usted podía abrir con sus herramientas una puerta de la que he perdido la llave.

—Sí, señor, que puedo, no hay inconveniente.

—Es que, advierto á usted que la puerta tiene tres pares de bemoles.

—Aunque tuviera cuatro; ¡no faltaba más! ¿cree usted que está tratando con un aprendiz?

—Ya lo sé, maestro,—contestó el Santo con mansedumbre; pero es que la puerta á que me refiero tiene condiciones espe-

—Tenga las que tenga; con estas manos se abre hasta la del infierno.

—No digo que no,—replicó el Santo con intención;—pero tal vez no se abra la de mi casa. Mas en fin ¿qué vamos á hacerle? El tiempo urge; vamos andando.

Y diciendo y haciendo, San Pedro y el tío Paquillo emprendieron el camino de los cielos.

Sabido es que este camino es muy difícil por las *cuestas arriba*, y que aun aligerándose de peso, se sube con muchas penas. Calcúlese cuántas pasaría el maestro Paquillo cargado con el fardo de su amor propio. Sin embargo, gracias al Santo que le animaba, pudo llegar y poner enseguida manos á la obra.

Luego que hubo principiado, empezaron á notar que acudía mucha gente por todas partes. Eran devotos de la Virgen que salían del Purgatorio á consecuencia de un indulto conseguido por la divina Señora.

—Ande usted, maestro,—exclamaba San Pedro viendo aumentarse la gente.—En buen día ha venido el indulto.

—Ya voy,—contestaba el tío Paquillo metiendo llavines y más llavines. Pero, que si quieres; la puerta no se abría.

—Saque usted las gafas,—decía San Pedro viéndole mirar y remirar sin saber qué hacerse.

El maestro empezó á sofocarse. Sus *buenas manos* resultaban completamente inútiles; pero su vanidad quería defenderse.

—Seguramente este muelle no está bien construido, y por eso al girar la llave tropieza el diente...

—El que tropieza es usted, maestro,—dijo San Pedro, cargado de tan poca humildad.—Me parece que usted no abre aunque estuviese toda su vida.

El tío Paquillo bajó los ojos dando su brazo á torcer.

—Yo no sé qué diantre tiene esta puerta,—dijo por último.—Hay que llamar á un ingeniero.

—¡Acabáramos!—exclamó San Pedro.—Señores, ustedes dispensen,—añadió dirigiéndose á la gente,—es cosa de un momento; voy á la tierra en busca de un ingeniero, Y en cuatro saltos se embocó en la tierra.

—El mejor ingeniero del globo—exclamó dirigiéndose á un joven que pasaba—¿dónde está?

—El mejor ingeniero—contestaron—es un hombre intratáble; pero es el mejor que se conoce. Puede usted ver al célebre Herman Bhzhtwitsth.

—Bhtz... ¿cómo es eso? no puedo pronunciar el apellido.

—Estornude usted y verá como lo pronuncia.

San Pedro corrió en seguida á casa del gran hombre.

—¿El señor Bhtz...? dijo estornudando al presentarse en su gabinete.

—El mismo,—contestó este, serio como un comino, y sin levantar la vista de unos planos.

—Venia—dijo San Pedro humildísimamente—á ver si se dignaba usted hacerme un gran favor.

—¿Qué favor es ese?—preguntó gravemente el sabio mientras buscaba un compás.

—Abrirme la puerta de mi casa.

El ingeniero levantó los ojos y miró al Santo por encima de las gafas.

—Viene usted á burlarse de mí?

—Perdone usted, señor,—continuó San Pedro.— Ya sé que es usted demasiado grande para descender á cosa tan pequeña; pero es que á veces hay cosas pequeñas que se resisten á los hombres grandes.

—No será á mí,—contestó el sabio sintiéndose herido en su amor propio. ¿Si sabremos aquí abrir una puerta?

—Lo ignoro, señor,—replicó San Pedro trasteándole con grandísima habilidad.

—Porque será usted muy ignorante,—saltó el sabio poniéndose encendido de soberbia.—No faltaba más!—añadió cogiendo unos cuantos instrumentos.—¿Dónde está esa puerta? Ya estamos andando.

Diez minutos después, el viejo pescador me llevaba al grande hombre cogido de la vanidad como se lleva á un caballo cogido de las riendas.

—¿Si sabremos aquí abrir puertas?—repetía don Estornudo subiendo el pecho.

—Bienaventurados los mansos,—contestaba San Pedro por lo bajo,—porque ellos conseguirán lo que se proponen.

Y, anda que te anda, llegaron hasta arriba; pero cuando llegaron, la gente estaba tan impaciente que formaba grupos.

—¡Calma gritó San Pedro,—que aquí traigo un talento que abrirá en seguida.

—Y, en efecto, el talento quiso abrir, pero le sucedió lo que al tío Paquillo: que todo se le fué en tirar líneas,

—¿Quiere usted el metro?—repetía San Pedro á cada momento;—¿necesita usted el compás? Aquí tiene usted el teodolito.

—¡Qué teodolito ni qué compás!—exclamó el sabio desesperado.—Esto no lo abre ni el lucero de la mañana; aquí hay un misterio, y la ciencia no entiende de misterios. Para abrir esta puerta es preciso

echarla al suelo.

—¡Echar al suelo la puerta de los Cielos! este hombre es un bárbaro,—exclamó San Pedro.—Y sin embargo, no hay más remedio; la gente se arremolina.

Y así era la verdad; el gentío era tan inmenso que hacía oleadas.

—¿Se abre ó no?—gritaban unos.

—¿En qué quedamos?—gritaban otros.

—Tenemos nuestros papeles en regla,—se oía decir á muchos.

—Lo que habrá que hacer es dar parte,—interrumpió una beata que se había salvado de milagro.

San Pedro, aturdido, no sabia qué hacer.

A esto empezaron á oirse golpes por la parte de adentro.

—¡San Jorge me asistal—exclamó angustiado el pobre viejo.—Ahora quieren salir los ángeles; esta si que es buena. Está visto, no hay más remedio que tirar la puerta.

Y, corriendo como un meteoro, volvió instantáneamente á la tierra.

Diez minutos después había colocada delante de la puerta del Paraíso una brigada de zapadores.

Comenzaron los golpes, y la portería se convirtió en un arsenal, la gente gritaba por un lado; los ángeles llamaban por otro: aquello era una confusión indescribible; parecía que al pobre portero se le venía el mundo encima. Y, sin embargo, aún le faltaba otra amargura.

Los zapadores declararon que aquella puerta era indestructible.

Cuando oyó aquello el Apostol se quedó muerto.

—¡Astros del cielo!—exclamó apelando á su facultad de hacer milagros;—en nombre de mi Señor Jesucristo, arrojaos sobre esta puerta; yo os lo mando.

Un ruido espantoso siguió á sus palabras; el mundo planetario quebrantó sus leyes, y un ejército de cometas, cambiando sus órbitas, se lanzó sobre la indestructible puerta con una velocidad de cien millones de leguas por minuto.

Renunciamos á describir el choque.

Baste decir que hubo trozo de astro que salió incandescente hasta los últimos confines de la vía láctea.

Y, sin embargo, la puerta no llegó á perder el pulimento.

Calcúlese si San Pedro no llegaría á perder la esperanza.

Lloroso y con la cabeza baja, lanzó la última mirada á aquél que fué lugar de sus delicias, y creyéndose culpable de una falta que realmente no había cometido, se despidió del cielo para volver á la tierra y hacer una segunda vida de penitencia.

Cuando llegó, era de noche; hacía un frío horroroso, y el infeliz no encontró donde albergarse. Triste y abatido se sentó en el portalillo de una humilde casa, y dió rienda suelta á aquellas lágrimas que en otro tiempo le valieron un perdón.

—¿Por qué llora usted, buen hombre?—le preguntó una vocecilla cascada y temblorosa.

El Santo levantó la cabeza, y vió cabesí una vieja apoyada en dos muletas.

—¿Por qué llora usted?—repetió con insistencia.

San Pedro le contó todas sus desdichas.

—¿Y no es más que eso?—dijo la vieja riéndose del apuro,—¡válgame Dios! pues, si no es más que eso, vamos nosotros, y con la ayuda de Dios lo remediaremos.

Tentado estuvo San Pedro de mandarla á paseo, pero se contentó con decirle:

—¡Quite de ahí buena mujer. ¿A dónde vamos nosotros por esos mundos de Dios?

Verdaderamente el *avío* no era de la mayor confianza. Aquella vieja medio coja, medio sorda y medio ciega, podría tener escasamente fuerzas suficientes para llegar al cementerio.

—Vamos, hijo,—repetía la vieja, que aunque despacito todo se arreglará.

San Pedro no pudo más, y ya iba á echar por en medio cuando, acordándose de las consecuencias de su último arranque, se dominó y...

—Vamos donde usted quiera,—dijo á la vieja.—Por alguna parte—añadió entre sí—hay que empezar á hacer penitencia.

A los pocos momentos la abuela y el Apóstol iban camino del cielo.

—Para entretener el viaje—dijo la vieja—recomos el Rosario.

Y, metiendo la mano en la faltriquera, sacó uno con cada gloria como una nuez.

—*Por la señal*—dijo santiguándose así que llegó á la primera cuesta.—*Señor mio Jesucristo*

—*Dios y hombre verdadero*—continuó San Pedro acompañando á la vieja.

El viento empezó á soplar, y la tempestad preludió sus primeros rumores. Una espesa lluvia mezclada de granizo venía á completar el cuadro.

—*Dios te salve, María*,—se oía murmurar á la vieja éntre el ruido de la tormenta, como si nada ocurriese de particular.

—*Santa María*,—contestaba San Pedro, que iba calándose hasta los huesos.

—*Dios te salve*,—repetía la vieja con la misma serenidad, y dando cada tropezón que caía de boca.

—*Santa María*,—volvía á contestar San Pedro teniendo que agarrarla para que no se rompiese la nariz, única pieza buena que le quedaba.

En esto brilló un relampago deslumbrador, se incendió la atmósfera y sonó un espantoso trueno.

—*Gloria Patri et Filio et Espritui Sancto*,—dijo la abuela tranquilamente.

—*Sicut erat*—respondió San Pedro haciéndose veinte cruces de ver el valor de aquel granadero.

Y ambos continuaron rezando y subiendo por el camino mientras la tempestad seguía rugiendo sobre sus cabezas.

Al mismo tiempo la senda se estrechaba cada vez más, las cuestas eran más escarpadas, los abismos más hondos, los truenos más horribles; y, sin embargo, la vieja subía cada vez más ligera, cual si la diesen alas sus plegarias.

No habían pasado tres horas, cuando ya divisaron las cumbres. Un suspiro profundo dilató entonces el pecho de la anciana. Sacó una mano seca como rama de leña, y, señalando hacia el horizonte donde se dibujaban los ejércitos de las almas redimidas.

—¡Ay pobres; cuánto esperan!—dijo.

Cuando llegaron los viajeros, todo el mundo les abrió paso. La anciana pareció entonces erguirse por primera vez. Brilló en su rostro una sonrisa indescriptible, y de sus cóncavos ojos brotaron dos lágrimas que, al rodar por sus mejillas curtidas por el sufrimiento, le devolvieron la frescura de la juventud. Aquella anciana ya no era anciana, era un ángel que irradiaba luz.

—¿Quién eres?—preguntaron las almas fascinadas por su hermosura.

—Soy la *Abnegación*, soy la *Humildad*, soy la *Paciencia* que os trae la llave de los cielos.

Y diciendo esto, sacó un objeto de su bolsillo, y se precipitó sobre la misteriosa cerradura.

Todas las almas se precipitaron tras ella.

La anciana tocó aquella puerta inviolable que había resistido á los prodigios del arte, á los cálculos de la ciencia y á los golpes de la fuerza bruta; introdujo el objeto en la cerradura, y la puerta quedó abierta de repente.

Un *hosanna* inmenso despertó todos los ecos del universo, y una oleada de inefable gloria vivificó los corazones, como vivifica las plantas el primer soplo de la primavera.

—¿Con qué has abierto?—preguntó San Pedro, agarrando á la vieja para que no le quitase el destino.

—Con esto,—respondió, y enseñó un objeto pequeñísimo.

Aquel objeto era la cruz de su rosario.

—¡Salve, oh Cruz única esperanza!—ex-

clamó San Pedro, cayendo de rodillas. ¡Salve mil veces, y perdóname que una sola haya olvidado que tú fuiste siempre la única llave que abrió infaliblemente la puerta de los cielos!

Cuentan las crónicas que, además de las nuevas llaves que volvió á hacer San Pedro en sustitución de las pérdidas, no se olvidó ya nunca de llevar en el bolsillo un puñado de cruces para los casos de necesidad.

Traslado á los que creen que en el cielo se puede entrar sin ella

ADOLFO CLAVARANA.

### COMENTARIO

—¿Pero porqué el dolor cuyo símbolo es la Cruz ha de ser la única llave del cielo?

—Porque el pecado fué la aldaba que la cerró.

—Pero ¿qué es el pecado?

—La alteración del orden que Dios puso en las cosas: y como todo restablecimiento de orden desde la reducción de un hueso que se sale de su sitio hasta la reparación de un hecho que se sale de la justicia no se realiza sin esfuerzo y dolor, he aquí porqué sin dolor no es posible entrar en el cielo reino de la paz y equilibrio de todas las cosas. Por esto decía el Salvador del mundo: «El reino de los cielos padece fuerza y los que se la hacen son los que le arrebatan.» Y añadía enseñando prácticamente el camino para llegar á la gloria. «El que quiera venir en pos de mí niéguese á sí mismo, tome su Cruz cada día y sígame.»

ADOLFO CLAVARANA

### Otro hecho singular

En un párrafo de una carta dirigida desde Castellon de la Plana á un amigo nuestro, le dicen lo siguiente.

«He leído en LA LECTURA POPULAR el hecho milagroso de la niña de Rojas. En un pueblo de esta Diócesis, también se ha verificado otro aunque desgraciado, y que deja ver claramente el brazo de la Justicia Divina. El tercer día de carnaval, disfrazóse un joven de demonio, y para representar mejor su papel, encendía carretillas y se las ponía en la boca. Mas he aquí que al encender la última le estalla produciéndole tales quemaduras, que gritando como un demonio verdadero á causa del dolor, corre hecho un desesperado, mientras la gente se rie y le cierra las puertas creyendo que sigue representando su infernal papel: Al día siguiente el desdichado, moría en medio de los mas atroces sufrimientos, patentizando con su muerte una vez mas la mano de la divina justicia. Esto ha sucedido en la partida de Abozó, término municipal de Viharnés.

## BIBLIOGRAFIA

GRAN CATECISMO CATÓLICO.—Su explicación clara y fundamental, con ejemplos escogidos y adaptados á cada materia, para la más completa instrucción religiosa de las familias cristianas; por el P. JOSÉ DE HARBE, de la Compañía de Jesús, traducido directamente del alemán por el P. RUIZ DE VELASCO, de la misma Compañía; recientemente publicada en Madrid por la benemérita Sociedad de San Francisco de Sales. (Bolsa 10 principal.)

Consta de cuatro hermosos tomos, dos de los cuales exceden de setecientas páginas, no bajando de cuatrocientas los otros dos. Desde el primer momento se advierte en este libro el plan y desarrollo magníficos de una verdadera obra de teología dogmática y moral, como mejor puede ser escrita en nuestro siglo para fieles seglares, desde los de condición y capacidad más humildes, hasta los de excepcional ilustración. Su sabio autor no es solamente un gran teólogo y un ardiente apologista: sino también buen catequista. Esto le hace desmenuzar la doctrina, reducirla á temas de fácil deglución, entretenerse despues de cada capítulo en lo que llama *aplicaciones*; y que no son más que una como última masticación maternal del alimento catequístico, para que se les haga facilísima la apropiación á lo cual siguen también, intercalados oportunamente en cada tratado, ejemplos históricos admirable variedad y amenidad.

Es esto para nosotros lo sublime del arte de catequizar, que no es tan sencillo como parece, sino que necesita más que otro estas habilidades é industrias. Este arte, esta ingeniosa táctica, en ningún libro lo hemos podido ver llevados á tal perfección como en el GRAN CATECISMO CATÓLICO que hoy nos ocupa. Al párroco para sus instrucciones pastorales; al maestro para dar con fruto la asignatura de Religión y Moral; al padre de familias para cumplir con su deber al conferenciante en Centros ó Ateneos católicos para sostener con éxito en ellos la propaganda ó controversia popular, al simple fiel que desea saber de qué manera ha de perfeccionarse en la profesion y práctica de su fé; á todos es utilísima esta obra, que puede suplir por muchas y constituir con solos sus cuatro volúmenes una verdadera biblioteca. De pocas como de ésta puede decirse que nunca habrá exageración en el encarecimiento, por muy allá que se lleve. Adquieranla nuestros amigos, y nos lo dirán por propia experiencia.

F. S. S.

### LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentando la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones uartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

#### PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

|                       |                      |
|-----------------------|----------------------|
| Una accion. . . . .   | 4 pesetas mensuales. |
| Media id. . . . .     | 2 " "                |
| Un cuarto id. . . . . | 1 " "                |
| Un octavo id. . . . . | 0'50 " "             |

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.